

## Ramiro de Maeztu: ¿un intelectual inglés? \*

David Jiménez Torres

University of Cambridge

Este trabajo versará sobre la relación de Ramiro de Maeztu con la intelectualidad inglesa. Maeztu vivió en Londres durante quince años (1905-1919), etapa que resultó crucial en la evolución del socialismo anarquizante de su juventud hasta el tradicionalismo monárquico de su madurez. Su imbricación en el mundo intelectual inglés fue compleja y profunda, pero aún nos queda mucho por investigar para reconstruir el mapa de su relación con aquel mundo. Por esto, me propongo estudiar la relación de Maeztu con tres figuras señeras del Londres post-victoriano: George Bernard Shaw, Hilaire Belloc y Gilbert Keith Chesterton. Estos tres escritores eran, a su vez, bandera de importantes grupos y movimientos intelectuales, cuyos planteamientos también habrían influido en Maeztu: la Sociedad Fabiana, en el caso de Shaw; el gremialismo y el catolicismo inglés, en el caso de Chesterton y Belloc. En este sentido, estudiaré a Shaw, Chesterton y Belloc como polos de atracción a través de los cuales Maeztu habría canalizado su relación con el mundo intelectual inglés. De esta forma, intentaré demostrar que la influencia que en él ejerció el ambiente inglés fue mucho más extensa y compleja de lo que hemos pensado hasta ahora.

¿Por qué me parece necesaria esta nueva aproximación a la figura de Maeztu? Durante mucho tiempo ha existido un consenso historiográfico según el cual, una vez regresado Maeztu a España, en 1919, se acababan su etapa anglófila y la influencia inglesa en su pensamiento. Este consenso se vio ayudado por las declaraciones del propio Maeztu, desilusionado con el proyecto europeísta tras el trauma de la Primera Guerra Mundial, así como la posterior construcción de su figura como uno de los máximos intelectuales de la derecha española de los años treinta. Dicho de otro modo, los estudiosos han creído a Maeztu cuando dijo que, tras la Gran Guerra, Inglaterra no tenía nada que enseñar a nadie. Pero me parece que los textos de Maeztu de los años 20 y 30 muestran una huella notable de ideas recibidas en su etapa inglesa, además de otras gestadas en el ambiente intelectual londinense *posterior* a su marcha. Convendría, por tanto, establecer una distinción entre la anglofilia de Maeztu y lo que podríamos denominar como la ‘influencia inglesa’. La anglofilia sería la admiración por Inglaterra como nación y sociedad, y el deseo de que España la emulase. En Maeztu, efectivamente, esta anglofilia muere de forma definitiva tras la experiencia traumática de la Gran Guerra (si no antes, al entrar en la órbita de Ortega). La ‘influencia inglesa’, sin embargo, sería la impronta en Maeztu de ideas y pensadores ingleses. Esta impronta sería paralela a la anglofilia pero distinta de ella, y también mucho más duradera. Lo cual tampoco sorprende demasiado, ya que no resultaría normal que alguien estuviese quince años inmerso en un determinado ambiente sin que los discursos hegemónicos del mismo le influyeran a fondo. Máxime tratándose de alguien tan permeable como Maeztu, un periodista autodidacta que en una ocasión definió su oficio como el de ser una “cuerda tendida en la ventana para que en ella

---

\* Este trabajo se enmarca dentro de la investigación de mi tesis doctoral, realizada en la University of Cambridge bajo la dirección de Alison Sinclair. Quiero agradecer el generoso apoyo de la Fundación Gates Cambridge Scholars en este proyecto.

vibre el viento de la calle”<sup>1</sup>. Lo que interesa es saber hasta qué punto la cuerda que vibraba en tierra española lo hacía movida, aún, por aires ingleses.

También quiero aclarar lo que entenderé en este trabajo por ‘influencia intelectual’. A la hora de examinar qué veía Maeztu en Shaw y en Chesterton, no me parece suficiente con efectuar un análisis de contenidos, esto es, qué ideas de Shaw, Chesterton y Belloc podemos ver que Maeztu hiciese propias. Porque en lo que se refiere al estudio de los intelectuales, y como ha explicado Stefan Collini, la sustancia de las ideas, el contenido de los pronunciamientos, supone sólo la mitad de la cuestión<sup>2</sup>. La otra mitad es la estrategia, cómo se comporta un intelectual para que el público le haga caso a él y no a otros. Esto depende tanto de los contenidos específicos que se intentan divulgar, como de cuestiones de retórica, estrategias de autopresentación, etc. Y este tipo de cuestiones son especialmente relevantes en el primer tercio del siglo XX, cuando la voz y la figura del intelectual son todavía de reciente aparición, y existe una gran diversidad de opiniones acerca de quiénes son y cómo deben ser estos intelectuales. Teniendo esto en cuenta, parece evidente que Maeztu no se limitó a tomar de los intelectuales ingleses ideas o discursos, sino que también aprendió ciertas maneras de *ser* intelectual, ciertos códigos de actuación para incidir en la opinión pública. En el caso de Shaw, Maeztu tenía delante el prototipo del intelectual fabiano, que actuaba en el marco de una asociación fuerte y que tenía una identidad corporativa. Shaw también era un modelo del intelectual artista, alguien que recurría al arte (en su caso, al teatro) para propagar sus ideas. En el caso de Chesterton y Belloc, Maeztu tenía modelos de intelectuales más disidentes y anárquicos, menos atados a un grupo y más a su propia conciencia y sus ideas. Además, Chesterton y Belloc eran modelos del intelectual católico moderno, polemistas instalados en la esfera pública a través de las grandes cabeceras periodísticas, pero que no renunciaban a reivindicar el catolicismo como herramienta intelectual. En este sentido, tanto ellos como Shaw eran modelos intelectuales nuevos que Maeztu intentaría imitar en su propia figura y exportar a su país.

Tras estas aclaraciones, vayamos a los inicios. Maeztu aterrizó en Inglaterra en 1905 para ocupar la corresponsalía londinense de los periódicos *La Correspondencia de España* y *La Prensa*, de Buenos Aires. Maeztu andaba, a esas alturas, bastante desilusionado con el ambiente madrileño en que se había movido hasta entonces y donde se había labrado un nombre; y también estaba de vuelta del exaltado nietzscheanismo que impregna su primer libro, *Hacia otra España* (1899). Sus escritos de aquellos años evidencian su frustración ante las trayectorias de su antiguo maestro, Miguel de Unamuno, y sus compañeros intelectuales de fin de siglo, Baroja y Azorín. En su opinión, las ideas y los modos de actuación de los intelectuales finiseculares ya habían logrado lo que podían lograr, y era momento de buscar nuevas formas de acción<sup>3</sup>. Llegado a la treintena, Maeztu se describe a sí mismo como una ‘boya desamarrada’, ansiosa de un nuevo ideal y una nueva claridad de propósito<sup>4</sup>.

Es en este momento de desorientación cuando Maeztu aterriza en Londres y se fija en la Sociedad Fabiana. Esta era una asociación de intelectuales ingleses de ideología socialista que organizaba conferencias y debates, y publicaba una serie de

---

<sup>1</sup> “Menéndez y Pelayo”, *La Prensa* (Buenos Aires), 10 de julio de 1932

<sup>2</sup> Stefan COLLINI: *Absent Minds: Intellectuals in Britain*, Oxford, Oxford University Press, 2006.

<sup>3</sup> “Cómo muere un superhombre”, *La Correspondencia de España*, 19 de enero de 1902.

<sup>4</sup> “Juventud menguante”, *Alma española*, 18 de marzo de 1904.

estudios realizados por expertos, los Fabian Tracts.<sup>5</sup> Recurriendo a un anacronismo, podríamos definir la Sociedad Fabiana como un *think-tank* socialista de principios del siglo XX, con un componente importante de divulgación y de propaganda. Los fabianos eran revisionistas alejados de la rigidez doctrinal que Maeztu deploraba en el socialismo español, y mantenían contactos tanto con el Partido Laborista como con el ala izquierda del Partido Liberal, e incluso con los elementos reformistas del Partido Conservador. Estaban dirigidos principalmente por el matrimonio Webb (Sidney y Beatrice), pero su figura más popular era George Bernard Shaw, irlandés residente en Londres que por aquellos años se confirmaba como el dramaturgo de mayor éxito del Reino Unido. Bernard Shaw participaba activamente tanto en la dirección interna de la Sociedad Fabiana como en su contacto con la sociedad inglesa, participando en numerosos mítines y redactando un buen número de los Fabian Tracts<sup>6</sup>.

Maeztu no tardó en acercarse a Shaw. A los pocos meses de llegar a Londres asistió a un mitin suyo de propaganda socialista, donde se sintió impresionado por la oratoria y los conocimientos del irlandés. Poco después, Maeztu se hizo eco de su polémica con Chesterton acerca de la figura de Shakespeare. Declaró sus simpatías por Shaw en un largo artículo, considerándolo el heraldo de una nueva crítica literaria centrada en las ideas, frente a la crítica esteticista que defendía Chesterton<sup>7</sup>. Según Maeztu, Shaw era un “amigo de la veracidad” que “arremete impávido contra todos los dragones de la mentira y todas las ilusiones del arte”<sup>8</sup>. Maeztu también contaba a sus lectores que había conocido a Shaw en persona, ya que en aquel primer mitin de 1905 habían sido presentados por el hispanista inglés Cunninghame Graham. En varios artículos posteriores se refiere a él como ‘mi amigo’, si bien la correspondencia de Shaw recogida en la British Library no incluye ninguna carta de Maeztu, así que podemos suponer que no llegaron a tener un trato personal demasiado frecuente.

Lo que sí sabemos es que Maeztu escribió abundantemente acerca de Shaw durante su estancia en Londres. Asistió puntualmente a los estrenos del dramaturgo, y en 1907 dijo que “adoraba” a Shaw<sup>9</sup>. En otro artículo lo comparó con el fallecido Oscar Wilde: “Desde sus tiempos [los de Wilde] hasta los actuales ha aparecido Bernard Shaw, que es tan brillante como Wilde, tan ingenioso y hasta más divertido, pero que al mismo tiempo (...) sabe más de los hombres y de las cosas y se inspira en ideales más altos, y pega más duro, y con más eficacia”<sup>10</sup>. En la comparación entre Wilde y Shaw vemos otra de las razones que atraían a Maeztu a los dramas del segundo: no sólo eran brillantes y entretenidos, sino también serios, ideológicos, propagandísticos. Para Maeztu, las obras de teatro de Shaw eran “las más intensas y maduramente pensadas que en Europa se estrenan”<sup>11</sup>. Eran herramientas ideológicas que podían contribuir al cambio en la sociedad, eran ‘el arte por la vida’, en vez de ‘el arte por el arte’. Por esto, Maeztu pensaba que el teatro podía ser la “expresión más noble y más excelsa” de la literatura, cuando se realizaba tal y como lo hacía el

---

<sup>5</sup> A. M. McBRIAR: *Fabian socialism and English politics, 1884 – 1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 1966; I. BRITAIN: *Fabianism and culture: a study in British socialism and the arts 1884-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982.

<sup>6</sup> A. M. GIBBS: *Bernard Shaw: A Life*, Gainesville, University Press of Florida, 2005; C. A. CARPENTER, *Bernard Shaw as Artist-Fabian*, Gainesville, University Press of Florida, 2009.

<sup>7</sup> “En torno a Shakespeare”, *La Correspondencia de España*, 30 de abril de 1905.

<sup>8</sup> “Balance teatral”, *La Correspondencia de España*, 29 de julio de 1905.

<sup>9</sup> “Don Juan en el infierno” *La Correspondencia de España*, 12 de junio de 1907.

<sup>10</sup> Referencia de F. Aznar Navarro en *La Correspondencia de España*, 10 de febrero de 1920.

<sup>11</sup> “Trabajo y descontentamiento”, *Nuevo Mundo*, 19 de diciembre de 1907.

irlandés<sup>12</sup>. Importa recalcar que esta propaganda que Maeztu hacía de Shaw en los periódicos españoles se producía en un momento en que Shaw era relativamente desconocido en nuestro país. Jacinto Benavente confirmó años después que Maeztu había sido, junto a Manuel Bueno, el primer punto de entrada de Shaw en España, frente a las pretensiones de Pérez de Ayala de haber sido él el primer español conocedor de su obra<sup>13</sup>. Efectivamente, el proselitismo de Maeztu en favor de Shaw se adelantó en un par de años a las primeras traducciones al castellano que hizo Julio Broutá del dramaturgo irlandés.<sup>14</sup>

En mi opinión, el interés de Maeztu por los dramas de Shaw tuvo dos consecuencias principales. La primera está relacionada con el tratamiento que dio Shaw a la figura de Don Juan Tenorio en su obra de teatro *Man and Superman* (1905), y en concreto en el larguísimo tercer acto, *Don Juan in Hell*. Maeztu reseñó aquel tercer acto de manera muy favorable la primera vez que se representó ante el gran público, en 1907<sup>15</sup>. Dos años después, Maeztu daba una conferencia sobre la figura de Don Juan en el ‘Polyglot Club’ de Londres, en la que citaba con prolijidad la interpretación de Shaw del personaje. Tanto en esta conferencia como en la que dio el año siguiente, en el mismo sitio, se encuentran ya varias de las ideas que Maeztu expondrá en su libro de 1925 *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*<sup>16</sup>. Me gustaría sugerir, por tanto, que la interpretación de Shaw de la figura de Don Juan podría haber actuado de revulsivo e influencia en la formulación de las ideas de Maeztu sobre el mismo personaje. Es cierto que, en los ensayos de 1925, Maeztu no cita nunca de forma explícita la versión de Don Juan de Shaw, ni siquiera cuando examina las versiones del personaje llevadas a cabo por autores extranjeros. Pero esto podría deberse a la animosidad que Maeztu acabó sintiendo contra Shaw a raíz de su comportamiento durante la Primera Guerra Mundial, y que expondré más adelante. Es innegable, por las reseñas que acabo de mencionar, que Maeztu sintió en su momento gran interés por el tratamiento que Shaw había dado al personaje. Y una primera aproximación revela coincidencias fundamentales entre la visión de Shaw de Don Juan como un superhombre nietzscheano, y la idea de Maeztu de Don Juan como un modelo de energía inagotable.

La segunda consecuencia que parece derivarse del interés de Maeztu por los dramas de Shaw es su propósito, durante algunos años, de meterse a dramaturgo. En 1908 dijo a Ortega que tenía “obras de teatro entre manos” que, junto con los periódicos, le producían “neuralgias”, y en 1911 anunció a su hermana que una vez finalizado su aprendizaje de Kant, su plan era aprender “latín, griego, castellano, técnica e historia del teatro, y a hacer dramas”<sup>17</sup>. Sabemos que, lejos de ser un mero proyecto de futuro, Maeztu escribió durante aquellos años algunas obras de las cuales sólo una, *El sindicato de las esmeraldas*, nos ha llegado<sup>18</sup>. Y aunque en ninguna de

---

<sup>12</sup> “La ‘Cándida’ de Shaw”, *Nuevo Mundo*, 14 de mayo de 1908.

<sup>13</sup> Jacinto BENAVENTE, “El teatro de Bernardo Shaw”, *Heraldo de Madrid*, 29 de junio de 1907.

<sup>14</sup> El catálogo de la Biblioteca Nacional lista como más antiguas *De armas tomar y Trata de blancas*, ambas de 1907, a cargo de Broutá y publicadas en R. Velasco.

<sup>15</sup> Ver nota 9.

<sup>16</sup> “Don Juan y el donjuanismo”, *Nuevo Mundo*, 10 de marzo de 1910.

<sup>17</sup> Carta a Ortega de 2 de julio de 1908, Fundación Ortega y Gasset. Carta a María de Maeztu de 21 de julio de 1911, en María Josefa LASTAGARAY ROSALES, *Los Maeztu: una familia de artistas e intelectuales*, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2010.

<sup>18</sup> Emilio PALACIOS FERNÁNDEZ (ed.): *Ramiro de Maeztu: Obra literaria olvidada (1897-1910)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010.

estas misivas decía explícitamente que el ejemplo de Shaw le hubiera impulsado a dedicarse al teatro, hay indicios suficientes para pensar que el irlandés habría supuesto un acicate para Maeztu en este sentido. Al fin y al cabo, Shaw es el dramaturgo que Maeztu cita con mayor frecuencia durante sus años londinenses, y en una carta a su amigo Ricardo Rojas declaró que él quería hacer un teatro tan “realista y veraz” como el de (entre otros) Shaw, aunque también más optimista<sup>19</sup>. Y como ha apuntado González Cuevas, *El sindicato de las esmeraldas* muestra importantes coincidencias en temática y mecanismos dramáticos con las obras de Shaw<sup>20</sup>. La carga ideológica de esta obra, que nunca llegó a representarse, también nos recuerda aquello que Maeztu más apreciaba en los dramas de Shaw, esto es, su recurso a personajes que encarnaban ideas y conflictos como forma de invitar al espectador a la reflexión.

Por último, hay que precisar que Maeztu no sólo gustaba de los dramas de Shaw, sino que también admiraba su manera de entender la labor intelectual. Los fabianos, tal y como demostraba el irlandés, eran intelectuales responsables y trabajadores, alejados de la bohemia que Maeztu había acabado rechazando en Madrid, y de la egolatría que tanto le había decepcionado en Unamuno. Los fabianos eran expertos, líderes cualificados de la masa. En una conferencia que dio en el Ateneo de Madrid en 1910, Maeztu explicó que Shaw era ejemplo de todo un *modus operandi*:

Pensad en la producción de Bernard Shaw: un drama o dos al año, un libro de ensayos; colaboración constante e intensa en una docena de revistas; cuarenta o cincuenta cartas polémicas al *Times*; sesenta o setenta discursos de propaganda socialista; fijación de postura en cada una de las cuestiones que se agitan; trabajo administrativo en algún teatro, en la Sociedad Fabiana y en una docena de otras asociaciones; y como base, estudio constante y apretado de ciencia, de economía, de filosofía, de historia, de cuestiones políticas. ¿Cómo puede realizar esta obra? No bebe, no juega, no fuma, no come carne, no ingiere estimulantes, no se permite caprichos amorosos, no asiste a reuniones de recreo ni a tertulias; su vida es todo estudio, producción y acción pública.<sup>21</sup>

Hoy sabemos que Maeztu exageraba notablemente, tanto en el volumen de producción que atribuye a Shaw como en lo que dice de su falta de ‘caprichos amorosos’. Pero lo importante es el modelo que Shaw suponía para Maeztu. Con su ejemplo, Maeztu trataba de ensalzar el modelo del intelectual fabiano, competente, trabajador, que aplica su intelecto a resolver los problemas sociales. El intelectual fabiano era, además, una parte de la sociedad y no sólo del sistema de partidos. Como dijo Maeztu en otra conferencia en Barcelona, “la obra fundamental del fabianismo ha consistido en dotar a la democracia de una multitud de intelectuales de toda índole: maestros, médicos, abogados, funcionarios, ingenieros, arquitectos, capataces e inspectores, que encuentran su modo de vivir con independencia del beneplácito de las clases ricas y de los intereses privados”<sup>22</sup>. Las tres conferencias que Maeztu dio en Bilbao, Madrid y Barcelona entre 1910 y 1911 fueron sobre todo incitaciones a los intelectuales españoles para que emulasen el *modus operandi* de la sociedad fabiana.

---

<sup>19</sup> Ricardo ROJAS: *Retablo español*, Buenos Aires, Losada, 1938, pp. 288-289.

<sup>20</sup> Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *Maeztu: Biografía de un nacionalista español*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

<sup>21</sup> Ramiro de MAEZTU: *La revolución y los intelectuales*, Madrid, Bernardo Rodríguez, 1911, p. 28.

<sup>22</sup> Ramiro de MAEZTU, ‘Obreros e intelectuales’ en E. Inman FOX (ed.): *Liberalismo y socialismo: textos fabianos de 1909-1911*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1984.

Vale resaltar que en las ideas de Maeztu de estos años encontramos algunas de las que iban a ser más caras a Ortega y a la llamada ‘generación del 14’, principalmente la de la ‘competencia’ del intelectual. Efectivamente, en 1910 Maeztu ya llevaba dos años bajo la órbita de Ortega; pero las coincidencias entre el ideal fabiano que Maeztu llevaba difundiendo desde 1905, y el ideal de ciencia y de la minoría responsable que defendería Ortega, demuestran que la influencia entre estos pensadores transcurría en ambas direcciones. Para Maeztu los fabianos e Inglaterra representan lo mismo que para Ortega Europa y Alemania: es la ciencia aplicada a la sociedad. En ambos sistemas, los intelectuales son una mediación entre el poder de la masa y el ejercicio del poder político: son la garantía de que la democracia no desembocará en el caos. Visto de esta forma, podemos comprender por qué Maeztu aceptó a Ortega como guía de manera tan fervorosa: precisamente porque sus proyectos eran muy parecidos a los suyos. No por casualidad Maeztu había sido de los primeros mentores de Ortega, un aliado en las frustraciones que ambos sentían hacia la egolatría de Unamuno. Este contexto de pupilaje puede explicar la participación de Ortega en 1907 en el intento de formar una ‘Fabian Society’ española<sup>23</sup>. Intento efímero, pero que demuestra su acuerdo con las ideas que Maeztu defendía desde sus artículos ingleses, y que aún duraría algún tiempo: E. Inman Fox ha escrito que la influencia del fabianismo de Maeztu es evidente en el prospecto de la Liga de Educación Política<sup>24</sup>. Visto todo esto, no sorprende que un artículo de 1910 llamara a Maeztu “el precursor de una España disciplinada y sabia”<sup>25</sup>.

Volviendo a la relación entre Maeztu y Shaw, la admiración que el español sentía por el irlandés sufriría un golpe definitivo con la Gran Guerra. Ya en los años anteriores al estallido del conflicto vemos a Maeztu algo más distanciado de su fervor pro-Shaw, lo cual tiene que ver con las críticas que figuras como H.G. Wells, Belloc y Chesterton habían realizado del fabianismo por su fe desmedida en el Estado. En realidad, alguien como Maeztu, que se había mostrado en *Hacia otra España* tan enemigo de la burocracia, no podía estar muy de acuerdo con el culto fabiano al tecnócrata. El golpe de gracia llegó tras el estallido de la Primera Guerra Mundial: Maeztu se decantó inmediata y fervorosamente por la causa de los Aliados, mientras que Shaw fue de los escasos intelectuales ingleses que optaron por el pacifismo. Su panfleto *Common Sense about the War*, aparecido a finales de 1914, explicaba la guerra como un producto del capitalismo y un trágico desperdicio de vidas humanas, al que era necesario poner fin mediante la destrucción del orden capitalista.

Maeztu criticó aquel panfleto, declarando además que la obra entera de Shaw era un compendio de silogismos y paradojas<sup>26</sup>. Un año después decía que con sus pronunciamientos sobre la guerra, Bernard Shaw había firmado “su acta de defunción como pensador. Nunca más se volverá a creer en Bernard Shaw”<sup>27</sup>. Las posturas de Maeztu y Shaw parecían irreconciliables, puesto que Maeztu, militarista convencido, creía que los pacifistas habían impedido que Inglaterra se preparase adecuadamente para la guerra. La culminación de aquel enfrentamiento fue una polémica directa en el semanario *The New Age*, en la que Shaw contestó a las críticas de Maeztu con un

---

<sup>23</sup> *El Socialista*, 18 de diciembre de 1913.

<sup>24</sup> E. Inman FOX, *Liberalismo y socialismo*, Introducción.

<sup>25</sup> Ver nota 16.

<sup>26</sup> “La extinción del lujo”, *Heraldo de Madrid*, 14 de diciembre de 1914.

<sup>27</sup> “El fin del pacifismo”, *Heraldo de Madrid*, 31 de enero de 1916.

respeto y comedimiento que sorprendieron a otro español residente en Londres, Salvador de Madariaga<sup>28</sup>. Maeztu se sintió halagado por que una figura tan célebre se dignase a responder a sus acusaciones, pero su enemistad hacia Shaw duraría ya el resto de su vida, sin que la impresión favorable que le causó su obra *Saint Joan* le hiciera cambiar de opinión<sup>29</sup>. En *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*, Maeztu escribió que “en medio de la contienda europea soñé más de una vez ante las líneas enemigas con que los buenos soldados del otro lado de la loma se unieran a los de éste, y todos juntos, ingleses, franceses, alemanes y belgas se volvieran contra los pacifistas y aprovechadores de la retaguardia”<sup>30</sup>. La enemistad de Maeztu hacia los que no habían apoyado el esfuerzo bélico seguía, por lo tanto, muy vigente aún en 1925; y como ya he apuntado, quizá sea esto lo que explique la falta de referencias a Shaw en el ensayo de Maeztu sobre Don Juan. Por si quedaba alguna duda de lo irreversible de su juicio, Maeztu declaraba en uno de sus últimos escritos que la reciente labor de los intelectuales católicos ingleses no dejaba “carta sobre carta en los castillos de naipes que habían fabricado los escritores ingleses que se llaman de ideas avanzadas, como Wells, Bernard Shaw y Bertrand Russell”<sup>31</sup>.

Esta mención de los intelectuales católicos ingleses nos lleva a dos de ellos que sí apoyaron la causa de los Aliados: Hilaire Belloc y G. K. Chesterton. Ambos eran literatos polifacéticos, columnistas de éxito que además producían una cantidad incesante de novelas, poemas y ensayos. Su relación era muy estrecha: Belloc ejercía de mentor de Chesterton, si bien éste gozaba de mayor éxito de público. Y como parte de esta alianza intelectual ambos polemizaban de forma constante con Shaw, hasta el punto de que éste los satirizó en un famoso artículo, motejándolos de “el Chesterbelloc”<sup>32</sup>. Efectivamente, casi parecía que ambos autores se definían en oposición a las ideas o tácticas de Shaw. Donde éste estaba vinculado fuertemente a instituciones como la Fabian Society, Chesterton y Belloc permanecían libres de ataduras institucionales más allá de las cabeceras que dirigían o donde publicaban (aparte de su colaboración con la Liga Distributista a finales de los años 20). Donde Shaw era socialista declarado, Chesterton y Belloc rechazaban tanto el socialismo como el liberalismo, defendiendo una especie de ‘tercera vía’, el distributismo, que abogaba por una sociedad de pequeños propietarios y una organización gremial similar a las de la Edad Media. Además, donde Shaw creía en la tecnocracia fabiana, Chesterton y Belloc eran enemigos de las élites y defensores del ‘hombre de la calle’. Y si bien Shaw había intentado articular una nueva religión entre el misticismo y el panteísmo, Belloc era un católico de toda la vida y Chesterton fue afirmando cada vez más su cercanía a la ortodoxia de la Iglesia, hasta ser bautizado finalmente en 1922. Por último, frente al panfleto pacifista de Shaw durante la Primera Guerra Mundial, Chesterton y Belloc hicieron apología constante de la causa Aliada<sup>33</sup>.

---

<sup>28</sup> “The Confusions of Mr. Bernard Shaw”, *The New Age*, 15 de junio de 1916. “The Alleged Confusions of Mr. Bernard Shaw”, *The New Age*, 20 de junio de 1916. “Mr. Shaw and the German Republic”, *The New Age*, 27 de julio de 1916. Salvador de MADARIAGA: *Españoles de mi tiempo*, Barcelona, Planeta, 1974, p. 148.

<sup>29</sup> *El Mundo* (La Habana), 14 de enero de 1924.

<sup>30</sup> Ramiro de MAEZTU, *Don Quijote, don Juan y la Celestina: ensayos en simpatía*, Madrid, Visor Libros, 2004.

<sup>31</sup> Ramiro de MAEZTU, *Defensa del Espíritu*, Madrid, Rialp, 1958, p. 60.

<sup>32</sup> George Bernard SHAW, “Belloc and Chesterton”, *The New Age*, 15 de febrero de 1908.

<sup>33</sup> Ian KER: *G. K. Chesterton: A Biography*, Oxford, Oxford University Press, 2011. Joseph PEARCE: *Old Thunder: A Life of Hilaire Belloc*, London, Harper Collins, 2002. Hacia el final de la guerra

Como hemos visto, Maeztu había entrado en contacto con la figura de Chesterton a escasos meses de aterrizar en Inglaterra, debido a la polémica que Shaw y él habían tenido a propósito de Shakespeare. Pero si bien Maeztu se había decantado por Shaw en aquel primer enfrentamiento, pronto empezó a apreciar también las cualidades de Chesterton. En un artículo de 1907 lo llamaba “el más brillante de los cronistas ingleses”, y en 1909 reiteraba que “se trata sencillamente del mejor articulista de la prensa inglesa. Y no sé de ningún otro en país alguno que pueda comparársele”<sup>34</sup>. Sin embargo, estas referencias a Chesterton son siempre con respecto a ideas puntuales esbozadas en alguno de sus artículos, y no a la totalidad de su figura. Lo mismo podríamos decir de Belloc, a quien llamó en 1908 “un escritor brillantísimo”<sup>35</sup>. Maeztu ve en estos primeros años a Chesterton y a Belloc como observadores inteligentes de la actualidad y de la cultura, pero no como modelos.

Esto cambiaría a partir de 1912. Este es el año de publicación de *The Servile State*, el libro más importante e influyente de Hilaire Belloc, un ataque frontal tanto al liberalismo decimonónico como a la alternativa socialista. El historiador James Lothian ha considerado este libro como el texto fundacional del grupo de intelectuales católicos ingleses que llegaría a ejercer una gran influencia en su país, y entre los que se encontrarían el propio Chesterton, Vincent McNabb, Eric Gill, Douglas Jerrold, Arnold Lunn...<sup>36</sup>. Maeztu se mostró de acuerdo con varias de las tesis de Belloc y con la idea general del ‘distributismo’<sup>37</sup>. Poco después de esta lectura, Maeztu aplaudía la labor que Chesterton y su hermano Cecil, junto a Belloc, realizaban desde el semanario *Eye-Witness* para destapar la corrupción del sistema político inglés<sup>38</sup>. Por tanto, vemos que la Gran Guerra y la polémica con Shaw sólo supusieron la consumación de un proceso que ya llevaba un par de años gestándose: el trasvase de admiración de Maeztu desde Shaw y los fabianos al “Chesterbelloc” y los distributistas y católicos. A partir de aquellos años, Maeztu adopta del tándem Chesterton-Belloc una serie de creencias, además de un *modus operandi* intelectual, que durarán mucho más allá de su regreso a España en 1919; en mi opinión, perduran hasta el final de su vida.

Veamos, por ejemplo, la participación de Maeztu en las ideas distributistas o gremialistas (varios términos coexistían para indicar sistemas muy parecidos). Entre 1913 y 1919, Maeztu colaboró asiduamente con uno de los máximos órganos del movimiento, la revista *The New Age* de A. R. Orage, precisamente la que había publicado los artículos que compondrían *The Servile State*. Además, en 1916 Maeztu aportó al distributismo / gremialismo un denso estudio, *Authority, Liberty and Function in the Light of the War*, luego traducido al español como *La crisis del humanismo*. Algunas de las ideas de este libro, como la creencia en la limitación del ser humano, la valoración positiva de la Edad Media, o la importancia concedida a la religión, casaban perfectamente con las propuestas del ‘Chesterbelloc’. Y aunque

---

Maeztu citará con admiración un artículo de Chesterton sobre la relación entre el heroísmo y el cristianismo: “El sentido del deber”, *La Correspondencia de España*, 12 de julio de 1918.

<sup>34</sup> “La censura en los teatros”, *Nuevo Mundo*, 24 de octubre de 1907. “Un cuento de hadas”, *Nuevo Mundo*, 15 de abril de 1909.

<sup>35</sup> “Los fondos secretos”, *La Correspondencia de España*, 25 de febrero de 1908.

<sup>36</sup> James LOTHIAN: *The Making and Unmaking of the English Catholic Intellectual Community (1910-1950)*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 2009, pp. 22-43.

<sup>37</sup> Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *Maeztu...* pp 160-161.

<sup>38</sup> “Romanticismo”, *Heraldo de Madrid*, 7 de agosto de 1913.

Maeztu atemperaría un poco su propaganda del gremialismo tras su regreso a España, lo que parece fundamental a todas luces es que tras el contacto con el gremialismo/distributismo, y ya para el resto de su vida, Maeztu creará en la bancarrota del sistema parlamentario y en la necesidad de reorganizar el Estado siguiendo pautas corporativistas. Maeztu presentó precisamente a Belloc en 1923 como el profeta de “la única alternativa democrática que puede ofrecerse al colectivismo”, en una conferencia que el inglés dio en la Residencia de Estudiantes de Madrid<sup>39</sup>. Además, a partir de su fase gremialista Maeztu coincidirá con Belloc y Chesterton en la idea de que al futuro sólo se podía llegar por el pasado, esto es, que el mundo moderno iba por mal camino y que sólo podía alcanzar la dicha y la estabilidad reviviendo antiguas ideas o instituciones. El contacto con el tándem Chesterton-Belloc fue, por tanto, fundamental en la evolución del Maeztu socialista al Maeztu contrarrevolucionario. Precisamente los tres autores coincidieron en su rechazo temprano de la Revolución Rusa, y en su fervoroso anticomunismo de los años 20. No es casualidad que Maeztu cite a Belloc en su *Defensa de la Hispanidad*, y a Chesterton en la inacabada *Defensa del espíritu*<sup>40</sup>. Por no contar la coincidencia de los tres autores en cuestiones como el rechazo del feminismo, la ambivalencia hacia los judíos, la valoración positiva de la monarquía...<sup>41</sup>

Más allá de las propuestas sociales y económicas del ‘Chesterbelloc’, Maeztu también se interesó por su faceta de intelectuales católicos. Como ya he apuntado, creo que esto es lo que le llevó a seguir leyéndolos durante los años 20 y 30, a pesar de haber renegado de su anglofilia. En 1926, por ejemplo, Maeztu publicaba en la revista de la Residencia de Estudiantes una reflexión sobre Chesterton en la que demostraba haber leído con atención sus grandes obras, no sólo las publicadas durante sus años en Londres (como *Orthodoxy*), sino también las escritas después de regresar a España (como *What’s wrong with the world*)<sup>42</sup>. Maeztu comparaba el catolicismo de Chesterton con el presunto calvinismo de Shaw:

La diferencia es que para un cristiano de mi clase (*mister* Chesterton es un converso al catolicismo) esta breve vida terrena es intensamente estremecedora y preciosa; para un calvinista, como *mister* Shaw, es expresamente monótona y automática. Para mí estos setenta años son los de la batalla. Para el calvinista fabiano no son más que una larga procesión de los victoriosos con sus laureles y de los vencidos con sus cadenas.

La identificación que Maeztu desarrolla entre Chesterton y él mismo es total. Veinte años después de aquella primera polémica entre Shaw y Chesterton, Maeztu volvía a comparar a ambos personajes; pero si el Maeztu socialista de 1905 había preferido a Shaw, el Maeztu católico de 1926 se decidía por Chesterton.

---

<sup>39</sup> “Belloc en la Residencia”, *Residencia*, 1 (1926).

<sup>40</sup> Ramiro de MAEZTU: *Defensa de la Hispanidad*, Madrid, Homo Legens, 2006, p. 48. Ramiro de MAEZTU: *Defensa del espíritu*, p. 120.

<sup>41</sup> El monarquismo de Belloc, expuesto sobre todo en *The House of Commons and Monarchy* (1920), guarda interesantes paralelos con el de Maeztu; más, por ejemplo, que el de Maurras, con el que Maeztu nunca acabó de comulgar. Ver Víctor FESKE: *From Belloc to Churchill*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1996, p. 51, y GONZÁLEZ CUEVAS: *Maeztu...* p. 233.

<sup>42</sup> “Mister Gilbert Keith Chesterton”, *Residencia*, 1 (1926).

El catolicismo de Chesterton y Belloc era bastante peculiar, y fueron algunos de sus aspectos más originales, al menos en el contexto inglés, los que más influirían en Maeztu. Por una parte está el uso que hacían del catolicismo como herramienta para la interpretación de la historia. Belloc había elaborado en los primeros años del siglo una lectura de la Historia bastante original para el contexto inglés, dominado aún por la triunfalista interpretación *Whig*; según Belloc, la Edad Media habría sido la época de mayor libertad y felicidad humanas, mientras que la Reforma habría inaugurado una etapa de explotación de los ciudadanos por parte de las élites que duraba hasta el presente. Lo que diferenciaba este relato de otras glorificaciones de la Edad Media (como las de William Morris) era el papel central que se otorgaba al catolicismo, ya que, según Belloc, la unidad católica de Europa en la Edad Media habría permitido el florecimiento de aquella presunta Edad de Oro, mientras que el cisma de Occidente le habría puesto fin. Esto daba la vuelta por completo a la historiografía tradicional británica, que había visto la emancipación del país de la religión católica como un gran paso adelante en su camino hacia la libertad. Chesterton se había apuntado a aquella visión católico-céntrica de la historia, y ambos escritores la reforzaron con obras como *A Short History of England* (Chesterton, 1916) y *Europe and the Faith* (Belloc, 1920). La influencia sobre Maeztu de esta interpretación de la Historia en clave católica resulta bastante evidente, puesto que sus supuestos principales ocupan un papel central en *La crisis del humanismo*; en realidad, las tesis historiográficas del ‘Chesterbelloc’ subyacen en toda su producción posterior a los años londinenses. Por ejemplo, Maeztu citará a menudo el argumento de Chesterton contra *La decadencia de Occidente* de Spengler: que una nación no se podía quedar calva ni se le podían caer los dientes, y que su primera generación podía ser decadente, y la milésima esplendorosa<sup>43</sup>.

Es evidente que España tenía una abundante tradición de historiografía católico-céntrica; pero lo que me parece importante es que Maeztu no empezará a examinarla con atención hasta después de su lectura de Belloc y de Chesterton (recordemos que en 1902 había llamado a Menéndez Pelayo “triste coleccionador de muertas naderías”).<sup>44</sup> Maeztu iría, además, elaborando poco a poco su propia versión del relato católico-céntrico de la Historia, que cristaliza definitivamente en su *Defensa de la Hispanidad*. No quiero caer en una peligrosa simplificación negando la pluralidad de fuentes que tiene Maeztu en este libro, pero sí querría resaltar ese presupuesto fundamental que subyace en la obra y que, en mi opinión, Maeztu habría descubierto por primera vez en Inglaterra de la mano del ‘Chesterbelloc’: la idea de utilizar el catolicismo como clave de interpretación de la historia. En este contexto, resulta interesante que Maeztu fundamente a menudo en voces extranjeras su reivindicación de la historia y los valores hispánicos. Decía en *Defensa de la Hispanidad*: “el mundo, que nos había condenado, nos da ahora la razón, arrepentido (...) la filosofía contemporánea viene a decirnos que hay que salir de esa suicida negación de nosotros mismos”<sup>45</sup>. ¿Estaría al tanto de que Chesterton había publicado un poema épico sobre la Batalla de Lepanto en 1911, había dado una conferencia exaltando el antiguo espíritu de caballería español en 1926, y había publicado en 1927 *The Return of Don Quixote*, una forma de apropiación del personaje de Cervantes?

---

<sup>43</sup> Ramiro de MAEZTU, *Defensa del espíritu*, p. 164.

<sup>44</sup> “La actualidad. Un día echado a los perros”, *Juventud*, 15 de marzo de 1902.

<sup>45</sup> Ramiro de MAEZTU: *Defensa de la Hispanidad*, p. 11.

Aparte de ideas o criterios concretos, Belloc y Chesterton supusieron para Maeztu sendos ejemplos del intelectual católico moderno. En *The Servile State*, Belloc hacía gala de un catolicismo abiertamente combativo, menos preocupado por cuestiones teológicas que por asuntos sociales y políticos. Como ha apuntado Víctor Feske, la fe católica de Belloc representaba el principio central de su pensamiento, pero su estrategia era lograr una conversión política de sus lectores, antes que una conversión moral o teológica<sup>46</sup>. Chesterton había ayudado a popularizar esta forma de acción intelectual católica, que manifestaba ruidosamente la propia fe y recurría a ella para interpretar la actualidad. Parte indisoluble de este catolicismo combativo era el hecho de que Chesterton y Belloc publicaban en las grandes cabeceras del periodismo inglés, en vez de limitarse al ámbito de las revistas eclesiásticas. El ‘Chesterbelloc’ planteaba, por tanto, el modelo del polemista católico moderno, una figura que batallaba en nombre de la Iglesia y de la fe pero sin ceder su posición en la esfera pública moderna.

Parece evidente que Maeztu simpatizó con este tipo de catolicismo combativo y periodístico. En su presentación de Belloc en 1923 dijo que “la obra importante de *mister* Belloc es la que tiene realizada y sigue realizando como hombre de polémica”, y en 1926 dijo de Chesterton: “el filósofo necesitará gruesos volúmenes para mostrarnos su sistema, en tanto que a mister Chesterton le bastan mil palabras, y a veces menos, para dejar patas arriba la más asentada de nuestras conclusiones”<sup>47</sup>. No deja de parecer relevante que Maeztu prefiriera los artículos y ensayos de Chesterton a sus novelas y poesía; precisamente aquella era la parte de su producción que Chesterton consideraba más “seria”<sup>48</sup>. Y no nos es difícil ver que Maeztu, tras la pesada labor doctrinal de sus años neokantianos, entre 1910 y 1919, se acercó al modelo de Belloc y de Chesterton durante los años 20; una evolución que resulta evidente si comparamos *La crisis del humanismo* con *Don Quijote*, *Don Juan* y *la Celestina*. Precisamente Jaime Ibarra comparó a Maeztu con Belloc en un artículo de 1928<sup>49</sup>. Y es de notar lo mucho que aquello que Maeztu diría a la muerte de Chesterton podría aplicarse a él mismo: “Chesterton no era solamente selección, sino uno o dos o tres artículos al día, desperdigados por toda clase de diarios, semanarios y revistas”<sup>50</sup>.

Además de un modelo de acción, el ‘Chesterbelloc’ suponía un modelo del catolicismo como empresa intelectual. Recordemos que Chesterton era un converso, alguien que se había acercado a la ortodoxia católica en un país fuertemente protestante, mediante un largo proceso de lecturas y meditaciones. Esto lo acercaba a la experiencia del propio Maeztu, que no se aproximó definitivamente al catolicismo hasta pasada la treintena, también a través del ambiente londinense y también mediante lecturas y cavilaciones. Tras el regreso a España, Maeztu reivindicaría precisamente esta idea del catolicismo como empresa intelectual, como fe a la que se llega a través de la razón, y utilizaría a Chesterton como ejemplo. En *Defensa de la Hispanidad* declaró que “en todo Occidente está volviendo a recobrar la fe católica la parte más excelsa de la grey intelectual. Una confesión que satisface a un Maritain, a un Papini, a un Chesterton o a un Max Scheler no puede ya parecer estrecha a ninguna

---

<sup>46</sup> Víctor FESKE: *From Belloc...*

<sup>47</sup> Ambos textos en *Residencia*, 1 (1926).

<sup>48</sup> Ian KER: *Chesterton*, p. 126.

<sup>49</sup> Jaime IBARRA, “Chesterton y Belloc”, *La Gaceta literaria*, 1 de abril de 1928

<sup>50</sup> “G.K. Chesterton”, *El Diario Vasco*, 18 de junio de 1936.

inteligencia honrada”<sup>51</sup>. Y en el artículo que dedicó a la muerte de Chesterton, en 1936, escribía:

Es un hecho que los lectores de Chesterton pertenecían a las minorías selectas, y que es en ellas donde recluta cada día sus conversos la religión católica en Inglaterra. Allí, como en otros países, las multitudes abandonan las prácticas y las creencias religiosas. Son las gentes educadas las que poco a poco se están haciendo católicas, al punto que cada año me parece más cierta la observación de que si nos encontramos en un tren a alguien que lea un libro que no sea una novela, de cada diez casos en nueve se trata de un católico.<sup>52</sup>

Como vemos, la idea del catolicismo como empresa intelectual iba unida a la de una próxima resurrección del catolicismo como ideología hegemónica. Aquella había sido precisamente la profecía de Belloc en su conferencia en la Residencia de Estudiantes de 1923: Europa estaba a punto de presenciar un resurgir del catolicismo. Y Maeztu intentaría participar en este proceso durante los años 30 a través del grupo de ‘Acción española’. Como escribía en la revista del mismo nombre, “hay que alistar a los intelectuales para ganar después el mundo”<sup>53</sup>.

En definitiva, me parece que hay indicios suficientes para considerar que Maeztu se vio bastante más influido por las pautas de la intelectualidad inglesa de lo que hemos pensado hasta ahora. Frente a esquemas que reducen esta influencia a las ideas específicas que Maeztu citó en sus artículos londinenses, creo que es necesario examinar influencias mucho más extensas y sutiles como las de Shaw, Belloc y Chesterton; influencias que no se habrían limitado a discursos concretos, sino que habrían incluido también cuestiones de estrategia o modelos de actividad intelectual. Ramiro de Maeztu estuvo siempre demasiado interesado en su país de origen como para acabar convirtiéndose en un intelectual inglés; pero espero que lo expuesto en este trabajo demuestre la necesidad de que tengamos muy en cuenta, al estudiarlo, su dimensión inglesa.

---

<sup>51</sup> Ramiro de MAEZTU, *Defensa de la Hispanidad*, p. 163.

<sup>52</sup> Ver nota 50.

<sup>53</sup> Ramiro de MAEZTU, *Defensa del espíritu*, p. 62.